



LA CAPA Y EL SAYO

FERNANDO
DEL VAL*Garabatos de
Unamuno*

EL GARABATO, en su condición humilde, puede ser la expresión terminada de una idea. Miguel Ángel lo acometió como una posibilidad más, no como el primer peldaño de una escalera. En el esbozo está la esencia y perfeccionar no pocas veces consiste en deformar. «Las ideas al vuelo son taciturnas impertinencias», dice uno de los aforismos recogidos en *Tira líneas*, la última entrega del poeta asturiano Fernando Menéndez. El garabato es una idea al vuelo reposada.

Los doscientos sesenta dibujos del Ciudadano de Honor Miguel de Unamuno, recogidos en una muestra que la propia universidad de Salamanca de la que fue rector, ha situado en su Casa-Museo, alumbran un escritor detallista. Su obra literaria sale reforzada en estos dibujos delineados como se delinea la prosa, al punto de crucificar a un Quijote deudor del presentado en *Vida de don Quijote y Sancho*; él, que fue *donquijotesco* a los ojos de Machado.

Los dibujos, de temática familiar y, en todo caso, privada, proceden de aquella época en la que se acudía a los cafés a divagar, tertuliar, leer y, eso, dibujar. Con su progresiva desaparición, la calidad del pensamiento parece que también va declinando. Hoy en los bares hay revistas de peluquería, dicho del modo más fino. Cuando el de Bilbao se sentaba, desclavaba su temperamento en los útiles de pintar. En

Su obra literaria sale reforzada en estos dibujos delineados como se delinea la prosa

los momentos de relajación salen los demonios suavizados, pero salen. Por eso siempre resultan interesantes las dimensiones estéticas calladas de cualquier artista. Estos días conocemos un brote de sorprendente modernidad en José Jiménez Lozano, quien ha colgado diversos *collages* en las paredes de una recoleta galería vallisoletana.

La serenidad exhibida en los garabatos de Unamuno ya estaba allí, como el dinosaurio, en el pensamiento beligerante, pero tranquilo de conciencia, de sus libros. De tal suerte, cuando pintaba una encina, lo que en realidad estaba haciendo es escanear la «flor de piedra» que encontraba en la persistencia física y emocional de su tierra castellana. No confundamos, pues, la actividad pictórica de Unamuno con su afición a la papiroflexia: los cauces de expresión alternativos, más que pasatiempo y contrapeso de la concepción creativa, suelen ser bloques de hormigón que anclan definitivamente el pensamiento de quien los produce.